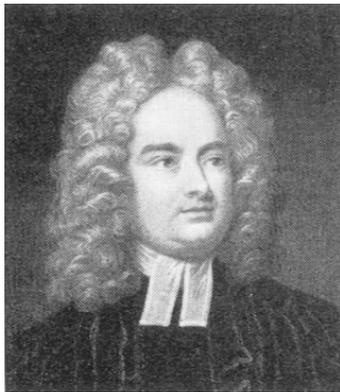


# Las lágrimas del humor

*Una negra paráfrasis de Swift*

María Rosa Palazón



Jonathan Swift

*Para María Rosa Palazón —maestra de la Facultad de Filosofía y Letras e investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM— el humor, categoría acuñada por Aristóteles, es un ave rara que se mueve en los terrenos pantanosos de los desatinos del inconsciente. El humor se erige pues como una barrera contra el sufrimiento, efímero intento al fin de enmendar la realidad. Ante sus salidas fantasiosas, Swift declaró que quiso ser “un loco entre pícaros”. ¿Será la locura de la risa la que nos salve de la melancolía?*

## INTRODUCCIÓN

Estamos inmersos en un punto crítico de la historia en el cual o nos renovamos de manera radical, o *Tánatos*, llamado por Freud pulsión de anticultura e insociabilidad, continuará mirándonos frontalmente con una sonrisa triunfal. Nuestro mundo es básicamente unipolar, con monstruos fabricados por el doctor Frankenstein para, con la excusa de acabarlos, masacrar pueblos, así como acabar con las huellas históricas de las grandes apotaciones de nuestros antepasados. El hambre y la destrucción ecológica crecen exponencialmente. Globalizar ha significado la masificación de la diversidad cultural. Si seguimos los libros de Sigmund Freud, personalmente nos

quedan algunas opciones: hundirnos en la melancolía porque el super yo (instancia parental introyectada), actuando tiránicamente, con dedo flamígero nos hace sentir culpables de la historia, impotentes y hundidos en las arenas movedizas del nihilismo. Nos miramos en el espejo y nos devuelve una horrenda imagen: Narciso se metamorfosea en un fenómeno de circo atribulado por la pesadumbre y sus desgracias, indigno de seguir vegetando, como tantos otros, en este valle, ahora sí, de lágrimas. O quizá, sádicamente, dejemos salir al hombre lobo del hombre, esto es, nos mofemos sarcásticamente con un dejo burlesco que nos confiere una situación de superioridad: nos elevamos prepotentemente, y, por lo mismo, *Tánatos* gana la partida. O bien, la conciencia

William Turner, *Londres*, 1809

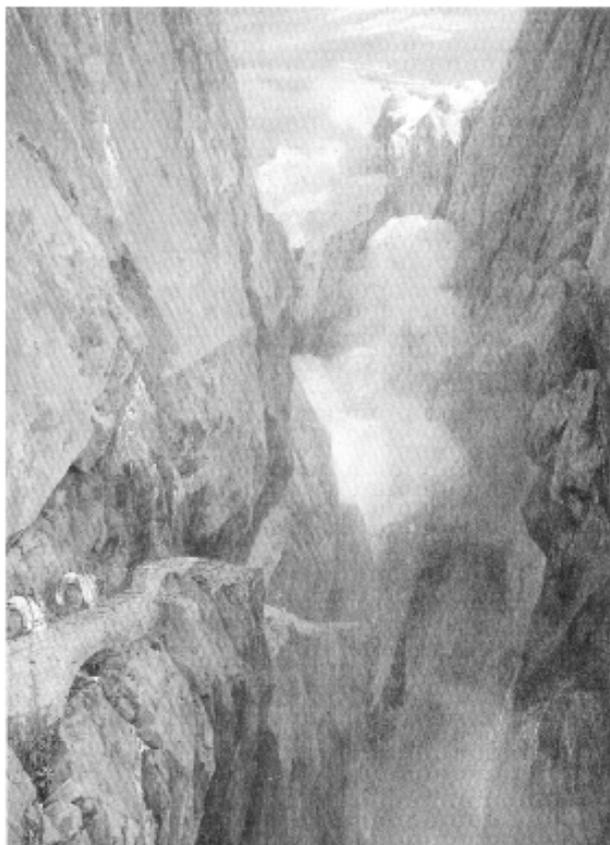
vigilante nos incita a denunciar en su crudeza la tragedia que nos agobia: la dejamos en el pasado reciente y la encaramos, dándonos un poco de ánimo centrado en la *poiesis* o creación, y en la utopía que anuncia un futuro profético impulsado por Eros, la vida, contra *Tánatos*, su opuesto simétrico: este tono pesimista ni es suicida, ni se instala en el nihilismo, sino que invita a la *praxis* transformadora, porque, con perdón de los dramaturgos griegos, el destino no lo determinan los dioses.

Otra salida es dejar que los dislates del inconsciente se asomen en el chiste, acudido efímero que provoca sonoras carcajadas; abandona una idea preconsciente al inconsciente, anunciando lo cómico. Con su dosis de chanza, broma y caricatura, el chiste es una válvula de escape efímera que promueve, frecuentemente, la inmovilidad social, la permanencia en una ideología y unas prácticas colectivas aberrantes. Lo risible entonces son descargas placenteras manipuladas, un permiso de carcajearnos bajo indicación precisa, unas triquiñuelas del dominio. Si ocasionalmente el chiste cimbra la organización social, otras veces la cementa mediante la catarsis. O quizás el ser humano puede escribir una obra cómica no efímera, para que la risa no opere como instrumento de control, sino como la fuerza liberadora, que lleva una dosis de broma y chiste a expensas de personajes imaginarios o simbólicos, frente a los cuales experimentamos una superioridad, al margen de la compasión y del miedo. Nuestra explosiva

risa, de alguna manera amigable y simpática, ataca fantasías que, indirectamente, aterrizamos en la realidad —la del texto y la de nuestras inhibiciones. Sin duda que externamos represiones con un grado de crudeza y agresividad. Breton rememora el siguiente chiste muy elaborado. El *non plus ultra* de la sabiduría, el benemérito doctor Jean-Pierre Brisset ha descubierto la línea evolutiva del hombre: procede de la rana o ¿acaso el semen humano no se parece a un charco lleno de renacuajos?

Tal vez embozados tras la máscara de un inocente cuento maravilloso, cuestionamos la realeza y las prácticas de la corte, en medio de disquisiciones matemáticas (*Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll); o denunciemos los inhumanos fraudes mercantiles y la enajenación en el dinero (*Pinocho*), o satirizamos mordazmente el imperio inglés en aventuras descabelladas (los *Viajes de Gulliver* de Swift).

Lo cómico y los géneros cómico-serios, estructurados como diálogo, diatriba, soliloquio o simposio, en clasificación de Bajtín, critican, desde un presente y en posición discordante, las injusticias. Carnavalizamos la cotidianidad sin soslayarla melancólicamente. Como escritores o lectores, nuestra risa festiva subvierte las jerarquías. Si se trata de una obra, ampliamos nuestra visión y la del lector sobre hechos y discursos nefastos. Con un cúmulo de instrumentos retóricos desacreditamos los hábitos, la normalidad absurda y deshacemos



William Turner, *El paso de San Gotardo*, 1804



William Turner, *Castillo Dolbadern*, 1802

confusiones. Lo que ponemos en tela de juicio seguramente rebasa lo personal y se adentra en lo anticomunitario. Por fantasioso o ficticio que parezca el texto, carga con una dosis de verosimilitud sobre la multiforme convivencia humana. Crear e interpretar, actos creativos, detectan una herramienta que desvaloriza lo cotidiano y sus raíces enclavadas en el dominio.

#### EL HUMOR

En la oferta cultural existe el humor (categoría acuñada por Aristóteles), una excepción, ave rara, un “raro y precioso talento”,<sup>1</sup> ubicado en una zona pantanosa; engulle los recursos del drama, las ocurrencias chistosas y cómicas, pero deja en claro su diferencia específica. Los escritores humoristas emplean condensaciones y desplazamientos sin un ápice de candor ni de inocencia: no externan frases que semejan chanzas o los malos juegos lingüísticos de la infancia, aunque el humor no abandona ciertas dosis de lo reprimido, salpicando su decir con algunas bromas y acciones y frases cómicas. Empero va más lejos. Tras interpretar el discurso humorista experimentamos el regusto de la inteligente sucesión de agresividad y defensa ofrecida por quien se sabe mal

herido y responde con un producto, sumamente elaborado, que espejea su actitud sublime de tristeza superada, que acompaña con el sello de la agresión. El humorista, afirma Taine, viste con traje de arlequín ideas tan serias que nos apuntan con un revólver. Como en lo trágico-cómico, mueve a la sonrisa amarga, no jovial, si por esta palabra entendemos la apacibilidad del temperamento. Esta reacción del humorista la ejemplifica Swift. No motiva ninguna risa colectiva: “a este precio es como el humor (...) puede exteriorizar el elemento sublime”.<sup>2</sup> La mente adulta del autor y del receptor empíricos no ahorran el gasto psíquico inteligente, que por su lucidez nunca vacila ni se disculpa de su fondo sangriento o cáustico que resquebraja situaciones y valores empñados en presentarse como incambiables. Con su protesta, el humorista y sus ecos variables, sus hermeneutas, patean a las lacras sociales, a los timoratos y al conformismo. El autor instruye al hermeneuta.

El humor es una complejísima amalgama de sistemas psíquicos, aunque acusa la preeminencia del pre-consciente consciente y del super yo, que incita a admirar la agudeza de quien lo maneja. Freud expone un caso excepcional, a saber, el humor que se agota en el hablante. Un lunes, el reo conducido a la horca exclama “Linda manera de empezar la semana”;<sup>3</sup> su enunciado admi-

<sup>1</sup> Sigmund Freud, *El porvenir de una ilusión*, Obras completas (1916-1938) (1945), Luis López-Ballesteros y de Torres traducción, Jacobo Numhauser Tognola ordenación y revisión, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 3000.

<sup>2</sup> André Breton, *Antología del humor negro*, Joaquín Jordá traducción, Editorial Anagrama, Barcelona, 1966, p. 15.

<sup>3</sup> Freud, *op. cit.*, p. 2997.

rativos grandioso: triunfa el narcisismo porque afirma la invulnerabilidad del yo que rehúsa a dejarse ofender o despeñarse en el abismo del sufrimiento por el trauma, demostrando que sólo le significa motivo de placer. Si hubiera dicho “Me importa poco. ¿Qué más da si cuelgan a un tipo como yo? Por eso no se vendrá abajo el mundo”,<sup>4</sup> su discurso revelarían superación del horror (saber el día y la hora de su fin; este alegato contra la pena de muerte lo tomo de Séneca), las palabras de este reo serían muy sabias, justificadas, pero sin pizca de humor.<sup>5</sup>

El humor no es resignado, sino rebelde. En tanto muestra el triunfo del yo lleva, adicionalmente, la fuerza del placer. Desde el punto de vista económico o energético, pone al descubierto la fuente de su defensa contra el dolor, su ahorro de gasto emocional. En esencia, el humor es el despliegue afectivo ahorrado. El triunfo del narcisismo torna la obra en algo “grandioso y exaltante”<sup>6</sup> que falta en otra clase de manifestaciones.

Otra vía de comunicación del proceso humorístico invita al espectador a asumir la misma actitud divertida, aprovechándose de los mensajes desde la distancia. Así, el emisor y receptor se benefician de los efectos placenteros. El último se experimenta preocupado con la descripción de personajes reales o imaginarios, hablantes o actuantes, que no exhiben una actitud humorista, pero sin ninguna reacción empática. El receptor coparticipa análogamente de la posición de quien emite la ocurrencia. El humor escrito se dirige al auditorio, a quienes puedan leerlo. Uno de los excelsos maestros de

la indignación trasmutada en bromas feroces y fúnebres es Jonathan Swift, de quien analizaremos “Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al público”, parodia y sátira mordaz que sopesa, indirectamente, el centralismo inglés y sus políticas económicas respecto a sus periferias miserables. Este defensor de la causa irlandesa e irlandés (un tanto misógino y misántropo, en apreciaciones de André Breton), entrega un texto que casi no recurre a expresiones de vida efímera, sino que lleva el poder de la deflagración; pone el dedo en la llaga y aprieta la herida purulenta, invitándonos a reflexionar sobre el asunto desde nuestro horizonte (ahora diferido), sin que asumamos ni la seriedad ni la solemnidad. Si somos capaces de comprenderlo, sonreiremos con un dejo de amargura, no con risa estruendosa. Su humor es una cuerda floja tendida sobre la desesperación; un Hermes bifronte, una de cuyas caras ha llorado mientras la otra la consuela con una sonrisa. Ponderamos la posición de este humorista, que Freud calificaría de sublime, porque rechaza el padecimiento hondo y afirma lo insuperable de un yo libre que optimistamente sabe ponerse al servicio de una ilusión. No ahorra, como el chiste, tensiones, sino sentimientos aplastantes, que bien podrían sumir a quien los experimenta en el silencio, en el llanto, el aislamiento o en la melancolía autodestructiva. La capa de su *humus* recubre el suelo tras la caída de las hojas y fertiliza la tierra. Como medio latente de sublimación, el texto cae, reposa sobre el suelo hasta que Swift repara su energía comprometida,<sup>7</sup> porque no evade lo

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 2998.

<sup>5</sup> *Idem*.

<sup>6</sup> *Idem*.

<sup>7</sup> Breton, *op. cit.*, p. 328.



William Turner, *Tormenta de nieve: Aníbal y su ejército cruzan los Alpes*, 1812

injusto, sino que lo ataja, aunque sin el tono enfurecido que cabría esperar. Sintetiza los males externos e internos; concilia la agresión y denuncia con un optimismo velado que destina a recomponer la realidad. Se conduce como adulto ante el niño al reconocer la futilidad de los pesares que el pequeño juzga enormes e insuperables; pero lo hace con el agravante de arrogarse este papel porque también se halla apesadumbrado. Sin embargo, dinámicamente ha dislocado el acento psíquico doloroso y se presenta como capaz de defenderse. Si generalmente el super yo inflado y tirano intenta mantener al yo en su dependencia, en esta ocasión traslada este acento, lo inmoviliza para que el yo trabaje un problema serio, no únicamente como meritorio de tristeza, sino como un absurdo y, de alguna forma, trivial y mudable. Esto es, su yo se vacía del objeto aterrante. El severo amo, el super yo, se aviene a facilitar el goce del yo. En otras palabras, la instancia sistémica del super yo acaricia amorosamente al intimidado: “trata de consolar al yo con humor, protegiéndolo del sufrimiento”,<sup>8</sup> dejando por un momento sus funciones originarias de instancia parental estricta para que el sujeto retire el tono de desastre que deberían tener sus experiencias y las convierta en festivas. Breton resume: el humor es

(...) *sublime y elevado* (...). Lo sublime tiende evidentemente al triunfo del narcisismo, a la invulnerabilidad del yo que se afirma victoriosamente. El yo rehúsa dejarse atacar, dejarse imponer el sufrimiento por realidades externas, rehúsa admitir que los traumatismos del mundo exterior puedan afectarle; y aún más, tengo, incluso, que pueden convertirse para él (y nosotros) en fuente de placer.<sup>9</sup>

También la recepción estética es liberadora y “exaltante”; la humorista broma cruel da a entender que la realidad, peligrosa e injusta a todas luces, no es más que una injusticia enmendable. No dudemos que en buena parte los acudidos de nuestro autor le hayan llegado de súbito; pero no son achacables sólo a su inconsciente, sino a sus complejas operaciones mentales. El lector, pese a su sonrisa amarga, se sabe protegido de la gravedad de aquello que Swift pone ante su mirada. El escritor presupone la decodificación pertinente y em-

<sup>8</sup> Freud, *op. cit.*, p. 3000.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 12.

páticamente proyecta un mensaje terrible y en apariencia cándido. Tal es su promesa (si Swift declaró que no amaba a Irlanda, expuso su fortuna, su libertad y vida por esas tierras y gentes que la habitaban, obligadas a formar, tras largas batallas, parte del Reino Unido).

POR LOS CAMINOS DE SWIFT  
UN ESBOZO DE ANÁLISIS.

La “Modesta proposición...” es una parodia, una imitación que anuncia un tratado serio, legible en las instancias del Parlamento y sometido a consideración de las instancias gubernamentales. También es una sátira, un semigénero de origen romano, cuyas etimologías remiten a lo culinario: *saturnus*, relacionada con *farcimen* y *farrago*; después fue compendio de varias leyes. Esto dice que tal género carece de cánones estrictos y mezcla disparidades (se utiliza para sostener los aparatos ideológicos del Estado, o como sátira degenerativa, o bien, como en esta obra generativa que cuestiona el dominio). Este autor, con ceño fruncido, anticipa dolor, susto, terror y desesperación. Los lectores nos disponemos a seguirlo, a filiarnos a las emociones de un rico compasivo que describe el “deplorable estado actual del Reino”,<sup>10</sup> bajo una economía en quiebra y una aberrante distribución de la riqueza: la artesanía y la agricultura se hallan en el abandono; tampoco se construyen casas. Los turistas que visitan Dublín, afirma el hablante, son sobrecogidos porque en esa ciudad, de tamaño considerable, se observa una cantidad igualmente enorme de pordioseras con un promedio de tres a seis hijos vestidos con harapos, que importunan a los visitantes pidiendo limosna. Los partidos variopintos no lo dejarán mentir: los progenitores, especialmente sus madres, cargan a sus hijos en brazos, en la espalda o los llevan entre los talones. Este horror se explica porque los nativos se habían convertido al cristianismo desde el siglo V, y tras cinco siglos de conquista —los siglos XII al XVII—, Inglaterra se ensañó con los católicos (especialmente después de la Reforma).

La primera expectativa generada por la tendencia derrotista del naturalismo es defraudada porque, contradictoriamente, la obra espeta que las personas se ven

<sup>10</sup> Jonathan Swift, “Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al público” en André Breton, *Antología del humor negro*, p. 22.

## Uno de los excelsos maestros de la indignación transmutada en bromas feroces y fúnebres es Jonathan Swift...

obligadas a dedicarse a la legítima ocupación de mendigar. Inmediatamente el propositivo hablante economista regresa a la narración descriptiva naturalista de “las actuales angustias del Reino”:<sup>11</sup> las desvalidas madres están impedidas de trabajar por el exceso de hijos, quienes, sin duda, al crecer aumentarán el ejército de reserva. El efecto del desempleo es la hambruna, y los pequeños “se hacen ladrones por falta de trabajo”, o abandonan su terruño “querido país natal”<sup>12</sup> para volverse migrantes que se enrolan como mercenarios en las filas del Pretendiente de España (el reino donde no se ponía el sol, lo cual significa que se expandía a sus anchas dominando el mundo) o de los bárbaros. Su otra opción es el robo, cuyos rudimentos se aprenden precozmente, aunque, con excepciones, los críos no son aptos en este “arte” o “agilísima habilidad”<sup>13</sup> hasta los seis años. Afirmación que el hablante basa en una falacia de autoridad: “un caballero del condado de Cavan” le comunicó que sólo conoció a uno o dos casos de adelantados.

¿Qué hacer? Viene la solución “modesta”, que el lector se dispone a escuchar para filiarse a tales ideas. Pero el calificativo de “modesta” es desmentido por la petulancia: el ilustre pensador dice que su método es razonable y útil económicamente, porque favorecerá a los mendigantes, a sus criaturas y a la totalidad de padres irlandeses incapaces de mantener a sus descendientes. Éste, su proyecto viable, lo ha madurado y lo entrega sin que le falte ninguna de las exigencias protocolares. Dando la cara pragmática de la razón, no de los sentimientos, sostiene: “habiendo volcado mis pensamientos durante muchos años sobre este importante asunto, y sopesado maduramente los diversos planes de otros hacedores de proyectos, siempre los he encontrado groseramente equivocados en su cálculo”.<sup>14</sup> Asegura que la “gran ventaja”<sup>15</sup> de su plan merecerá tanto agradecimiento de la comunidad que debería erigírsele una estatua como protector de la nación.<sup>16</sup> Siguiendo el oxímoron, tras el cambio inesperado y brusco entra en escena la contradicción, el chiste, lo inesperado, la gran oferta es modesta, cualidad que subraya con la siguiente insistencia: “propongo humildemente a la consideración del público” mis atinadas creencias<sup>17</sup> de hombre pudiente. Veamos. Los comerciantes, a lo que añadido personalmente esclavistas, han puesto en claro que los muchachos no son mercancía vendible a tres libras o tres libras y media corona antes de los doce años, lo que no compensa ni a sus padres ni al Reino en los gastos de su ali-

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 28-29.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>15</sup> *Idem*.

<sup>16</sup> *Idem*.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 23 y 25.



William Turner, *Caída de una avalancha en los Grisones*, 1810



William Turner, *Llanberis*, ca. 1800



William Turner, *Staffa, caverna de Fingal*, 1832

mentación y en sus raquíticos harapos. Otra autoridad virtuosa, aparte del hablante, e igualmente amante de la patria, dio a conocer su proyecto antecesor del que estamos analizando: en tanto los venados han sido cazados en demasía, es factible satisfacer la demanda de tal carne con mozos y doncellas no mayores de catorce ni menores de doce años, los cuales o mueren de hambre o están a punto de hacerlo “por falta de trabajo y de ayuda”.<sup>18</sup> Ahora bien, el ínclito y modesto autor objeta “con la debida consideración”<sup>19</sup> de quien lo precedió: los machos de esa edad tienen la carne magra, correosa y de

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 25.



William Turner, *El incendio de la Casa de los Lores y de los Comunes*, detalle, 1835

sabor desagradable. Por lo tanto, “cebarlos no justificaría” el estipendio;<sup>20</sup> las hembras serían una pérdida lamentable, porque en escaso tiempo serían parideras. Por añadidura, la “gente escrupulosa” censuraría la práctica, “lindante con la crueldad”, y ésta es una “objección firme”,<sup>21</sup> sentencia el humanitario enjundioso economista de razonamientos madurados por largas temporadas. En el texto, esta supuesta conmoción del hablante es una suerte de litote e hipérbole: es una declaración que insinúa que no dirá lo que dice (una preterición invertida), además de que este párrafo es un antónimo de la modesta propuesta de este pensador, del cual en alguna esquina se ha erigido su estatua.

#### PROTOCOLO Y JUSTIFICACIÓN DE LA PROPUESTA

En una época donde la ciencia se concebía *sub specie quantitatis*, el sabio economista en cuestión realiza sus cálculos: la población irlandesa es de millón y medio; las mujeres fértiles son doscientas mil. Con los años, optimistamente restan treinta mil capacidades de mantener a su prole. Aceptando, sin conceder, quedan ciento setenta mil hembras fecundas pobres. Cabe restar cincuenta mil de las abortivas o cuyos “productos” mueren antes del año, sea por accidente o enfermedad. Quedan ciento veinte mil bebés humildes que nacen anualmente. ¿Cómo se educará y sostendrá a tal multitud?

<sup>20</sup> *Idem.*

<sup>21</sup> *Idem.*

inquiérese. A estos antecedentes adiciona que el recién nacido se alimenta durante veinticuatro meses exclusivamente con leche materna y ocasionalmente con algún mendrugo.

A renglón seguido trae a cuento las reflexiones inobjetables de otra autoridad, un joven americano de buen capital que se pasea por Londres: un niño de un año saludable y bien amamantado es “el alimento más delicioso, nutritivo y sano, ya sea estofado, asado, al horno o hervido, y no dudo que servirá igualmente en *fricasé* o guisado”<sup>22</sup> (Augusto Monterroso adaptó este párrafo a la cocina mexicana).

#### LOGÍSTICA

De ciento veinte mil bebés, veinte mil se reservarán como pie de cría; de los cuales una cuarta parte serán machos, que es más de lo que se permite en las ovejas, los vacunos y los cerdos (Irlanda aún los produce). Cada macho embarazará a cuatro hembras; los cien mil restantes se ofrecerán a la venta para las personalidades de calidad social y fortuna de todo el Reino.

Los cuartos del niño son un plato delicioso, y sazonados con pimienta y mucha sal, o sea en cecina, aguantan cuatro días en buen estado durante el invierno. Cada pequeño llena dos fuentes: la del manjar que se comparte con los amigos, y otra restante para la familia, porque si el recién nacido pesa veinte libras, en un año, amamantado copiosamente el último mes hasta dejarlo regordete, alcanza las veintiocho libras. Para resguardar las jerarquías, los mantecosos y más exquisitos se ofrecerán a los que tienen mucho dinero, o sea, a los terratenientes, sibaritas caballeros de fortuna, quienes han acreditado sus derechos sobre los hijos al devorar a los padres.

#### VENTAJAS

Los hijos dejarán de ser una carga para sus padres y la parroquia dará a cambio alimento, vestido y casa a miles. Se evitarán los abortos voluntarios y el asesinato de hijos bastardos, sacrificio que arranca lágrimas de piedad “en el pecho más salvaje e inhumano”;<sup>23</sup> disminuirá el número de papistas que infestan al Reino y demás enemigos peligrosos inclinados a entregarlo al Pretendiente español, aprovechando la disminución de protestantes que se ausentan por no pagar el diezmo a un cura episcopal. Los arrendatarios miserables poseerán algo de valor o embargable, que ayudará a pagar la renta al terrateniente, habiendo sido confiscados sus ganados y cereales, y siendo hasta ahora el di-

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 22.

nero algo que desconocen.<sup>24</sup> Después del año, el tesoro nacional se incrementará debido a los ahorros en la manutención de las personas. Como la mercancía será producida y manufacturada localmente, las ganancias se quedarán en el Estado, colocado entre el feudalismo y el capitalismo (Swift vivió de 1665 a 1745). Para que el negocio prospere con justicia, las reproductoras perseverantes ganarán ocho chelines anuales, sin obligación de mantener al producto después de veinticuatro meses. El delicioso platillo atraerá clientela a las tabernas, donde los venteros se procurarán las mejores y variadas recetas para los “distinguidos caballeros que se precian con justicia de su conocimiento del buen comer”.<sup>25</sup> Frente a esta demanda, el cocinero tendrá la oportunidad de encarecer el plato, que pagarán con gusto los jactanciosos del buen comer. Se estimulará el matrimonio, al que la plebe no es afecta. Dadas las ganancias sin gastos, aumentará la ternura por sus retoños y el cuidado de sus madres, porque, afirma Swift paradójica y graciosamente, sus pequeños tendrán una “colocación segura de por vida”,<sup>26</sup> anfibología que parece un antihipérbaton. Además, emulará la competencia entre casadas para llevar al mercado la oferta más gorda y chapeada. Los esposos atenderán a sus mujeres durante el embarazo, tanto como

ahora lo hacen con sus yeguas, vacas y marranas cuando paren. Temerosos de los abortos, incluso mimarán a sus esposas embarazadas sin golpearlas, cual es costumbre.

#### CONCLUSIONES

Esta mordacidad que corroe, siendo solidaria con un terruño y sus clases, anticapitalista y antifeudal, entrega reflexiones que dejan en evidencia la cosmovisión de nuestro irlandés: la falta de cualquier justicia en lo criminal de la etapa señorial y la solapada, pero no menos criminal, en la naciente organización llamada estado-nación. Ambas etapas, insinúa la obra, son vulnerables y pasajeras. De alguna manera son cómicas, en tanto sus bases injustas son nimiedades, no sustentables racional ni afectivamente. El carácter insólito de sus pretensiones y su inconsistencia, trivialidad y hasta nulidad teórico práctica, perfila tales sociedades como represivas, cerradas, explotadoras e inhumanas. Violan inclusive el derecho elemental de tener cubiertas las necesidades básicas, mientras otros nadan en la abundancia y el lujo; tratan a la gente como ganado y, en vez de fomentar el sentimiento de patria o nación como hermandad, la desacreditan con su centralismo. Lo diré adaptando a Frye: Swift nos hereda un mito de invierno donde impera el caos, la oscuridad, la disolución, el horror que, no obstante, disfraza las imposiciones con un oculto dejo de optimismo que irradia esperanza con una

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>26</sup> *Idem*.



William Turner, *El incendio de la Casa de los Lores y de los Comunes*, 1835



William Turner, *Crepúsculo con nubes oscuras*, ca. 1826

fuerza de denuncia orientada a que se solucionen los aparatos político económicos disfuncionales, viciosos y que nacieron violando los derechos humanos.

Este humor de vena paródica y relativista, con su exploración formal y temática y pluralidad sistematizada de tonos, introduce lo maravilloso con hipérboles, mientras inspira un sentimiento profundo que desvaloriza al mundo actual y a una etapa histórica de Irlanda. Con tal ambivalencia, refleja los conflictos y saca la amargura, diciendo “no me afecta”. Sin concesiones, burlándose del alma compasiva de los falsos redentores, Swift convierte en un juego lapidario de broma y seriedad trágica una realidad social que se pretende perfecta, eterna y excelsa. Dirige un guiño a quien se ha llamado “el lector ideal” o informado que escucha ideas ajenas. En honor a su complejidad, la elevada intelectualización del texto guarda silencio acerca de la resolución de un autor omnisciente que haría las veces de sabio consejero.

El tipo de lector esperado reconoce en este texto de Swift lo lúdico, la ironía, contraria a las instituciones y favorable a su potencial de desintegración mientras se aleja de lo panfletario. El humor irónico es un modo oblicuo, antinómico, o negación de aquello que comunica literalmente. Inventa negando, y así deja intuir la doble negación: sobre la corteza descriptiva, se asoma una versión colateral, opositora, seria y rebelde. El escarnio a lo oficial y autoritario modifica la perspectiva, cambia veladamente la indiferencia y encamina hacia ideales utópicos, y esto porque la protesta de Swift se aplica, adaptándola, a nuestras circunstancias. En complicidad con el escritor y con las variaciones del caso, el lector actual, sintiéndose apelado por la curiosidad, se apropia del mensaje y lo aterriza en su presente, interpretando tanto el drama como la condena.

Lejos de la sátira menipea, esta “modesta proposición” comparte con ésta tres de las características mencionadas por Bajtín: a) despierta el interés, b) inspira la simpatía por los humillados, y c) el deseo de interrelacionar lo excepcional con lo cotidiano, lo sublime y lo grotesco, lo alto y lo bajo, lo serio y lo ridículo hasta llegar al extremo de lo fantástico sin frenos, desbordado, escandaloso para el lector no ideal. El de Swift es un texto excéntrico que pone la historia en el banquillo de los acusados sin que se desbarate en la paranoia, ni el delirio de persecución o el nihilismo. Contemplando sus salidas fantasiosas, Swift declaró que quiso ser “un loco entre pícaros”,<sup>27</sup> y dejó en herencia diez mil libras para un hospital de alienados.

Freud compara el humor con procesos regresivos que rechazan el sufrimiento: se asemeja a procesos que se inician con la neurosis y culminan en la embriaguez, el ensimismamiento y el éxtasis delirante. No obstante, el humor, repleto de antónimos velados, mantiene la dignidad que falta a la paranoia. Y esto hace al humorista una ave rara: sin la intensidad del delirio ni la descarga debida a lo meramente cómico o al chiste, convierte lo agobiante en algo sublime: en sus manos, la antisociabilidad o *Tánatos* es dominado por *Eros*, de manera que el primero trabaja en contra suya. Cuando leemos esta proposición recordamos y adoptamos aquel fragmento de Machado:

Ya se oyen palabras viejas.  
Pues aguzad las orejas.<sup>28</sup> **U**

<sup>27</sup> André Breton, *Ibidem*, p. 17.

<sup>28</sup> Antonio Machado, *Poetas completas*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1981, p. 250.